

JEAN BAUDRILLARD

nar, pues aunque el fascismo ya había sido derrotado, esos símbolos, por los cuales el fascismo era más que un orden político, resultaban inaceptables.

-Es el mismo tipo de reacción de los que prohíben la proyección de una película nazi, porque suponen que puede seguir seduciendo todavía.

-Claro. Es algo que no se ha querido tomar en consideración, ya que el orden político no puede hacerlo, porque es muy frágil ante la seducción. Basta con que se inyecte un efecto de seducción -no de manipulación, sino de reversión, de desviación, de desplazamiento de un orden- para que ese orden se desplome. Y sobre todo el orden político. Así que el orden político no puede soportar la seducción; menos aún que la hostilidad declarada: las relaciones de fuerza se pueden integrar en un orden político, pero no la seducción. La seducción no es una subversión; es una disolución realmente radical, y los fundamentos caen por tierra.

-¿Y la pornografía, por dónde se anda, en este mundo de la seducción?

-Para que haya seducción es indispensable el secreto. La pornografía es todo lo contrario, es la hiperproducción, la «liberación» máxima de los sentidos, de la verdad. Al mostrar los sexos en una especie de obscenidad, es decir, en la promiscuidad «real», en un real más real que la realidad, la pornografía suprime toda posibilidad de juego, de imaginario. Aquí se alcanza la forma pura de la producción: producir por producir, para exhibir de forma desorbitada lo real. Nada se desvía, nada es desviable: todo está en su lugar, irreversible; los órganos en su sitio, y por el sexo mostrado y demostrado, la pornografía acaba con la seducción.

Pero no hay que ser tan pesimista. También se puede decir que eso no es posible en definitiva, porque esta orgía de realismo, esta rabia obscena de decirlo todo, de desvelar la realidad, de descubrir todos los secretos, nos da la medida de lo imposible que es obtenerlo. Nunca se destapa un secreto, la verdad es inencontrable y por consiguiente, la seducción está siempre escondida en algún lugar.

En cierto momento, para destruir la ilusión de la escena, algunos directores de teatro decidieron mostrar los dispositivos que estaban detrás de los bastidores, la maquinaria, como diciéndonos: así es como trabajamos, estas son las estructuras de nuestro trabajo real, no os queremos engañar. Pues bien, esta exhibición acaba por convertirse en un engaño más, en un elemento suplementario de la ilusión escénica. ■ R. Ch-I. R.

LOS NUEVOS SEDUCTORES DE LA DERECHA PERENNE

MANUEL VICENT

ES probable que en la intimidad de su corazón llegaran incluso a dudar. Pero no es seguro. Cuando la Revolución del Mayo Francés vino a España después de algunos años, convertida fundamentalmente en material de boutique, vaqueros, zamarras, botas, bufandas, harapos guerreros y sombreros de granja mormona estos jóvenes estaban preparando oposiciones para abogado del Estado. La nueva música, el nuevo sexo, las largas cabelleras se habían afincado en las aceras de Argüelles. Entonces todo el tiempo era primavera, nuestra cultura de segunda mano estaba llena de batallas estudiantiles contra la policía, de persecuciones bajo las acacias. En cambio ellos estudiaban para notarios, registradores de la propiedad, letrados del Consejo de Estado, técnicos fiscales, inspectores del Timbre o catedráticos de Derecho Político, diez horas diarias, con el pescuezo humillado ante un cuestionario de cuatrocientos temas, arrastrando las babuchas por el pasillo, mientras repetían de memoria una rebita de artículos del código, pruebas orales que a veces les tomaba la novia.

Puede que en algún momento miraran por la ventana o que los domingos al salir a la calle para ir a misa con un devocionario de cantos dorados en la mano vieran pasar las motocicletas de la última seducción con el escape trucado que llevaban a un revolucionario de mayo en el asiento y a una chica recién liberada, esparrada en el transportín y sintieran la tentación brevemente de ponerse también unos pantalones vaqueros. Pero estos chicos opositores tenían ya las posaderas un poco fondonas, las tetillas caídas a los veinticinco años. Es imposible imaginar las caderas de

Landelino Lavilla o de Miguel Herrero de Miñón sometidas a la rabiosa pretina de un Levis auténtico. Lo suyo era otra cosa. En su día habían salido fotografiados con carita de empollón iluminada con luz cenital en las páginas del diario YA cuando consiguieron el premio extraordinario de la licenciatura, mientras su generación bailaba en JJ con los trallazos de pelvis de las primeras gogo-girls enjauladas. Tomaban café con leche y simpatinas. Nunca descendieron al sótano de una sala de fiestas, puede que fueran puteros de tapadillo, no se sabe, pero no olieron jamás el perfume de aquel hacinamiento de muslos, braguitas perfumadas con Nina



Miguel Herrero de Miñón

Ricci y tetas sin sostén que se extendía en el ámbito de los primeros pubs. Después de mil noches de vigilia sacaron la oposición, apagaron el flexo y pasaron directamente de la mesa de estudio al despacho, al consejo de administración, a las alfombras de las altas secretarías, a las oficinas insonorizadas de la dirección de los bancos, a ese espacio donde nunca se levanta la voz.

Ahora suelen llevar tirantes y tal vez cargan el paquete genital en la parte contraria. Son pálidos, con cinco dioptrías, usan traje gris marengo en invierno y un tergal color crema en verano y tienen la hermosura un poco hagiográfica que gusta mucho a las mujeres de los banqueros. Despiden un erotismo de dictamen, producen una admiración de trabalenguas jurídico, esa facultad de no encasquillarse jamás en medio de un articulado, de sacar matices y encontrar escapatorias entre los apartados de cualquier reglamento. Se les nota esa solidez que se deduce del hecho de asistir a misa y comulgar todos los días y, verse encima avalados por la banca, de estar en el secreto de la Providencia y de la combinación de la caja fuerte. Eso no es el poder en sí mismo, pero es el reflejo más fiel del poder. Y encima no son unos chorizos, sino gente fina que al besar la mano de una señora sabe detener los labios a la distancia exacta.

Dios y el dinero son entes mucho más densos y duraderos que el antiguo Movimiento Nacional, por eso los políticos democristianos no necesitan sonreír tanto ni dar esos abrazos con ruidosas palmadas en las costillas como lo hacen los falangistas recién convertidos a la democracia. Esa chulería de billarista, el regate corto, el enchufe de amiguete, el telefonazo oportuno, el olfato para la coba, el pelo cortado a navaja todavía, cierta tensión deportista en los músculos y la habilidad para el enredo es cuanto ha quedado de la vieja política franquista perpetuada en sus alevines. Hubo un momento en que Adolfo Suárez ejerció la seducción del joven gladiador encargado de limpiar los fosos del circo. Mal o bien ya lo ha hecho. Ha dejado los jaulones vacíos y el camino expedito para que entren en escena los verdaderos señores, los servidores incontaminados del capitalismo puro y de los valores dogmáticos del catolicismo. Llegan con la cara lavada con jabón Heno de Pravia, la raya partida

Landelino Lavilla



con fijapelo, el guante de terciopelo, los modales de tresillo isabelino y la sonrisita plateada. Son peligrosísimos. Por dentro tienen la dureza de un balance mercantil que debe cuadrar por narices.

Ahora se ha visto que debajo de Adolfo Suárez no había nada, sino las falsas raíces hundidas en un franquismo podrido. Durará el tiempo que la derecha clásica necesite para tener el panorama aclarado y afianzar del todo las palancas. Después la operación de relevo puede consistir en la nimiedad de quitar una trampilla. A Adolfo Suárez solo le queda el gesto de galán pícaro de película italiana de los años sesenta, una estética pasada, el ademán chuleta de un conquistador de Antonella Lualdi, una imagen que ya no vende ni siquiera compasión ni despierta como antes el afán de protegerlo de los cuatreros.

Los socialistas van a facilitar el relevo. Inundados de moralismo machadiano y de nostalgia por las bellas formas heredadas de Julián Besteiro, los socialistas se matan por tratar directamente con los que ellos creen señores de verdad, gente de buena familia. Les parece humillante tener que pactar o asociarse con chorizos que nunca levantarán un pufo de diez

mil millones, pero que son capaces de afanar los ceniceros. Lentamente desde la perspectiva económica, política y moral, de la manera como se engendran los movimientos de estética sociológica, todos ayudan a preparar el decorado y los figurines para que se levante el telón y, aparezcan en escena los nuevos héroes seductores.

En Norteamérica se está poniendo de moda el amor puro de besos en la frente. El ruidajo, las greñas, los cueros sudados, los gestos terribles, las guitarras eléctricas están ya heridos de muerte. Ves ahora un pasota por la calle y te parece que lleva cien años encima. A los colegios mayores acude de nuevo una leva juvenil con corbata y flequillo dispuesta otra vez a preparar notarias o registros. Todo está ya a punto. Si usted ha visitado en algunas ocasiones el alto despacho de un banquero, si ha pisado las alfombras de un consejo de administración de primer orden, si ha olido el perfume de una trastienda de Nunciatura Apostólica o de sacristía cara podrá intuir fácilmente los marbetes, diseños y envases de la nueva seducción política. No vienen con la agresividad tecnocrática de los anteriores ejecutivos. Tienen una pinta más blandorra, levemente clerical, un ademán de cuello blando entre la comprensión y la hipocrésia. Su casa está decorada con los muebles oscuros de sus abuelos, jamugas y cornucopias, un rastro del siglo XIX con olor a alcanfor. Sus despachos son clásicos, sin ficus ni nevera, sin lámparas italianas ni mecheros sorprendentes. Todo es más sólido y raído, con perfil de camafeo, retrato ovalado y consola con un misal y una mantilla traspasada por una aguja de plata.

Ellas se han casado con ellos. Los nuevos políticos seductores son aquellos que en los años sesenta no oyeron a los Beatles ni se han enterado del ruido de los Rolling Stones. Iban a misa, prepararon oposiciones serias, comían pasteles, llevaban a la novia del brazo a una conferencia en el Colegio Mayor San Pablo y la derecha clásica mitad eclesiástica mitad dineraria los fichó a su debido tiempo, los tuvo en hibernación a salvo de lo más gordo del franquismo y ahora los ha sacado, limpios, acicalados, con camisa blanca y tirantes, el paquete genital del otro lado para defender sus valores morales y financieros hasta el último recoveco del más ínfimo de los reglamentos. ■ M. V.